

GERARDO DANIEL RAMOS SCJ

**NAVEGA MAR ADENTRO:
EXPRESIÓN Y PROYECCIÓN DEL RECIENTE
ITINERARIO TEOLÓGICO-PASTORAL
DE LA IGLESIA EN ARGENTINA**

RESUMEN:

El autor nos propone una mirada de conjunto del reciente documento pastoral, cuya finalidad es animar la pastoral argentina en los próximos años. Lo presenta como plasmación de un camino teológico-pastoral madurado en los últimos años por la Iglesia en Argentina, en continuidad con las *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización*. De modo particular rastrea las fuentes magisteriales próximas y la reflexión de los teólogos argentinos que nutren los diferentes puntos del documento. Se detiene primero en las circunstancias y etapas que lo fueron dando a luz, para luego analizar uno por uno los cinco capítulos que lo componen: 1) El Espíritu que nos anima, 2) los desafíos, 3) el núcleo evangelizador, 4) los criterios y las tres acciones propuestas; mostrando siempre la interacción entre los mismos, los ejes transversales que los recorren y las proyecciones pastorales que del conjunto se desprenden.

Palabras clave: Nueva Evangelización – Pastoral – Espiritualidad – Iglesia – Sociedad argentina

ABSTRACT:

The author presents an overall view of this recent pastoral document. It aims to invigorate pastoral work in Argentina for the next years. This document follows a previous

one named *Líneas Pastorales para una Nueva Evangelización*. The article focuses on magisterial sources as well as the work of Argentine theologians within the document. It is divided into five chapters: 1) What Spirit gives us life? 2) Challenges 3) The evangelization core. 4) Criteria and three suggested actions. Interaction among chapters is shown, as well as transversal lines and projects of future pastoral work.

Key words: New evangelization, pastoral, spirituality, Church, Argentine society

Introducción

*Navega mar adentro (2003) [=NMA]*¹ se propone a sí mismo como documento inspirador de una “evangelización nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión” (NMA 1) en Argentina, en continuidad con las *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización (1990) [=LPNE]*.² Éstas se habían presentado “como puntos esenciales, tanto de la enseñanza como de

1. El mejor comentario que leí hasta el momento de *Navega mar adentro* es el de V. M. FERNÁNDEZ, que lleva por título “La original propuesta de una santidad comunitaria y social: el eje de la actualización de las «Líneas»”, en *Pastores* 27 (2003) 45-49. Se trata de una reelaboración de “La nueva propuesta en Argentina”, publicada casi simultáneamente en *Criterio* 2286 (IX/2003) 491-495. Otros comentarios significativos: J. SCHEINIG, “En busca de una pastoral mística. Reflexiones sobre Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización y Navega Mar Adentro”, en *Pastores* 28 (2003) 15-22; A. ZECCA, “«Duc in altum». Reflexiones en torno a la actualización de las Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización de la Conferencia Episcopal Argentina”, en V. M. FERNÁNDEZ – C. M. GALLI – F. ORTEGA (eds.), *La fiesta del pensar. Homenaje a Eduardo Briancesco*, Buenos Aires, Facultad de Teología UCA, 2003, 463-489. También mi reciente artículo “Navega mar adentro en el reciente itinerario teológico-pastoral (argentino)”, en *Pastores* 29 (2004).

2. Para iniciar la contextualización teológico-pastoral a la que hago referencia en el título del artículo sugiero: C. GALLI, “Las líneas pastorales para la nueva evangelización. Preparación, significación, recepción. Un aporte argentino a la formación pastoral”, en *Boletín OSAR* (nov. 1999) 18-43; “La pastoral y la teología en la Argentina desde el Concilio Vaticano II”, en ISCA, *Primera jornada catequética nacional. Teología y catequesis. Un diálogo imprescindible en perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires, ISCA – Trejo Ediciones, 2000, 105-143; M. GONZÁLEZ, “Aportes argentinos a un pensamiento teológico latinoamericano inculturado. Memoria, presente y perspectivas de un cauce teológico”, en *Stromata* 58 (2002) 39-205; J. C. SCANNONE, “Hoy la patria requiere algo inédito”, en GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, *Crisis y reconstrucción* (I), Buenos Aires, San Pablo, 2003, 25-56; G. RAMOS, “Semblanza de una teología con rostro pastoral en Argentina”, en *Proyecto* 43 (2003) 79-98.

la acción de la Iglesia, de manera que todos los agentes pastorales se sintieran guiados e impulsados por ellas” (LPNE 5). Es decir, que “sin constituir propiamente un Plan Nacional de Pastoral” estaban destinadas a servir “para revisar la actividad eclesial y para inspirar la planificación de las diócesis, sectores, asociaciones y movimientos”. La intención era “afianzar un sentir y actuar común en todas las iglesias particulares” (*id.*).

En efecto, las LPNE recogían y expresaban “un amplio consenso eclesial”, fruto de la *Consulta al pueblo de Dios*,³ y fueron capaces de “orientar, en nuestra patria, una misión evangelizadora nueva, más orgánica y vigorosa”.⁴ A partir de los desafíos del secularismo y la urgente necesidad de una “justicia demasiado largamente esperada” (LPNE 11) se proponían “suscitar, consolidar y madurar en el pueblo la fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, presentándola como un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre (LPNE 16)”.⁵ Este núcleo se desarrollaba luego en “cuatro cauces simultáneos y convergentes” (LPNE 23), a saber, misterio de Cristo (24-27), devoción mariana (28-29), pertenencia cordial a la Iglesia (30-31) y opción preferencial hacia los pobres, débiles y sufrientes (32). Suponía también un ‘espíritu’, que se expresaba como llamado a un mayor ardor misionero (34), a acrecentar la unidad de la Iglesia (35) y a suscitar una fe libre y personal (36). Por último, requería un compromiso con la nueva evangelización que se expresara de modo orgánico y vigoroso (37), que fuera capaz de transformar la vida (38) y que se manifestara en tres acciones concretas: la pastoral bautismal (48-50), la formación permanente (51-54) y la opción preferencial por los pobres (55-59).

Con NMA –afirman los obispos– “perseguiamos idéntico objetivo: alentar y sostener una más orgánica y vigorosa acción evangelizadora” (NMA 1). Se trata, por lo tanto, de una ‘actualización’ y “su gran valor es explicitar los consensos mínimos pero reales”.⁶ La ocasión la daba la convicción de que “el individualismo origina todo tipo de males, desde el in-

3. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA [=CEA], *Consulta al pueblo de Dios*, Buenos Aires, 1988.

4. CEA, *Consulta a las Iglesias particulares y Comunidades cristianas. Sugerencias para la consulta. Instructivo para el Consejo Diocesano de Pastoral*, 5.

5. *Ibidem*, 7.

6. Cf. V. M. FERNÁNDEZ, “La nueva propuesta...”, 492. Para una visión general de la intención del documento, también E. GONZÁLEZ, “Los nuevos desafíos de la Argentina y la actualización de las «líneas pastorales»”, en *Vida Pastoral* 241 (2003) 4-9; para una aproximación a los trabajos previos, *Consulta a las Iglesias particulares y Comunidades cristianas* (2000-2001).

cumplimiento de los deberes ciudadanos en la población en general, hasta los altos grados de corrupción en la política” y que “sólo una pasión por el bien común [podía] evitar que alguien caiga en el círculo vicioso y contagioso de quienes buscan su conveniencia a costa de los demás”⁷. Con esta intención –y para alentar este fuerte sentido comunitario– “en todo el documento hay un fuerte acento transversal en esos valores fundados en el misterio de la comunidad divina: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ese es el eje que da su sentido unitario y estructurante a todo el documento” (*id.*).

Para la redacción de *NMA* se siguió un camino análogo al de *LPNE*. Hubo una primera etapa de ‘Motivación y preparación’, una segunda de ‘Evaluación y consulta’ (que se extendió desde septiembre del 2000 a marzo del 2001), una tercera ‘Elaboración de los primeros Lineamientos’. Luego se confeccionó un ‘Instrumento de trabajo’ y sucesivos borradores⁸ preparados por la Comisión Episcopal para la renovación de las Líneas Pastorales –con la ayuda de varias/os teólogas/os hasta la ‘Redacción final’⁹. Nuevamente, el documento de nutrió de una *Consulta a las Iglesias particulares y comunidades cristianas* –dirigida esta vez a los católicos que de algún modo se vinculan al trabajo pastoral–, y tuvo además muy en cuenta el *Estudio de opinión pública acerca de valores, Iglesia y distintos aspectos del culto católico* encomendada a la consultora Gallup Argentina por la Universidad Católica Argentina.¹⁰

Esta gestación y nutrientes le dan a *Navega mar adentro* una solidez y autoridad notorias. A continuación voy a desarrollar los elementos más significativos de cada capítulo.

7. V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 45.

8. En total fueron 18, al último de los cuales se le incorporaron en Asamblea unos casi 500 modos (V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 46)

9. La comisión episcopal estuvo presidida por L. Villalba (Arzobispo de Tucumán) y fueron sus miembros C. Franzini (Rafaela), J. Lozano (auxiliar de Buenos Aires), J. Rovai (auxiliar de Córdoba) y G. Rodríguez Melgarejo (secretario de la CEA). Los peritos que participaron en diferentes momentos fueron: G. Magaldi (Resistencia), J. Llach (Esclavas del Sagrado Corazón), L. Casalá (Marianista), y los presbíteros H. Álvarez (Córdoba), J. Blunda (Tucumán), C. Galli y E. González (Buenos Aires), P. Etchepareborda (Mar del Plata), V. M. Fernández (Río Cuarto), J. Scheinig (San Isidro) y J. Zini (Goya). Cf. E. GONZÁLEZ, “Navega mar adentro”, suelta amarras...”, en *Vida Pastoral* 243 (2003) 20.

10. Concluida para junio del 2001. Algunos datos de la encuesta las ofrece E. GONZÁLEZ, “La opinión pública sobre la Iglesia”, en *Vida Pastoral* 234 (2002) 13-18.

1. El Espíritu que nos anima

“El Espíritu Santo que nos anima es el mismo que impulsó a Jesús” (*NMA* 3).¹¹ Esta convicción “que acompañó a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo” debe convertirse en “fuerza inspiradora de nuestro camino” (*Novo Millennio Ineunte* [=NMI], 29): el influjo del Espíritu hace que “aunque nos sabemos pobres y débiles”, nos fortalezca “el amor de Dios que siempre toma la iniciativa” (*NMA* 5).

Profundizando esta apreciación teologal, el documento afirma que ante la “tristeza de la soledad, la desilusión o la insatisfacción” (*id.*), la fe nos invita a reconocer “el amor infinito del Padre” y a cultivar en esta convicción “la máxima perspectiva de la dignidad humana” (*NMA* 6); que “en medio de la oscuridad” (*NMA* 8), Jesús, que “está presente entre nosotros”, se convierte en “manantial vivo de nuestra esperanza” (*NMA* 7) que nos induce “a discernir y reconocer las semillas del Reino” (*NMA* 8); y que “en este mundo donde frecuentemente nos sentimos desamparados, ignorados, utilizados, excluidos” (*NMA* 11), el *Espíritu* nos llama a tener “un intenso amor a cada persona”,¹² a “cuidarnos y sostenernos unos a otros con entrañas de misericordia” (*id.*), para procurar a los hermanos la felicidad que Dios quiere para cada ser humano (Cf. *NMA* 10).

De este modo, “se ve que en el trasfondo de esta espiritualidad de comunión está la misma Trinidad Santísima como sustento ya que son explícitamente aludidos en las notas salientes de la misma todas sus personas: el Padre (5; 10), el Hijo (7), el Espíritu (3; 6)”.¹³ Ahondando la observación, descubrimos en cada afirmación la referencia a un desafío y a una Persona de la Trinidad, a una virtud teologal y a una acción pastoral. Es-

11. Sobre ‘espiritualidad y pastoral’ puede verse: V. M. FERNÁNDEZ, “El dinamismo del Espíritu Santo en el lenguaje y en la vida de la Iglesia”, en *SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (SAT), El misterio de la Trinidad*, Buenos Aires, San Pablo, 1998, 193-278; “Espiritualidad y actividad. Espiritualidad de la acción”, en *Pastores* 19 (2000) 49-60; “Trabajar con espíritu: la espiritualidad en la actividad pastoral”, en *Vida Pastoral* 237 (2002) 13-18; “Hundir mi camino en esta tierra. Y quedarme. La encarnación terrena de la espiritualidad pastoral”, en *Vida Pastoral* 245 (2004) 26-33; J. C. MACCARONE, “Espiritualidad en tiempos de crisis”, en *Consudec* (nov. 2001, Separata); “Dies Domini – Dies hominis”, en *Nuevas Propuestas* 33 (2003) 15-24; M. ÖFELE, “Soledad habitada”, en *Pastores* 17 (2000) 61-74. Desde una perspectiva bíblica, cf. L. RIVAS, *El Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras*, Buenos Aires, Paulinas, 1998.

12. Cf. L. GERA, “Caridad pastoral y unidad de vida”, en *Pastores* 4 (1995) 13-19.

13. A. ZECCA, “Duc in altum...”, 468-469.

to establece un 'puente' con el párrafo siguiente, que anuda estas cuestiones desde una mística de comunión: "la comunión de la Trinidad nos interpela y nos convoca a estrechar vínculos" (NMA 12; Cf. TMA 12) desde "una cordial relación hacia cada hermano y hermana" (NMA 13), y mediante una "espiritualidad de comunión que nos permite valorarnos unos a otros de corazón" (*id.*). De este modo, "en un mundo donde reina la competencia despiadada, que a veces nos contagia, los cristianos sentimos el llamado de Dios a hacer juntos el camino, a buscar las coincidencias y superar los desencuentros para convivir como hermanos" (NMA 14).

La mística de comunión conduce a la misión: "la Iglesia existe para evangelizar" (NMA 15). Sin embargo, para ser "testigos valientes y fervorosos", animados de "una ardiente audacia misionera", y sentirnos "depositarios de un tesoro que humaniza [...], aporta vida, luz y salvación", es preciso que "conservemos el fervor espiritual", que por un lado nos hace superar "nuestras inclinaciones egoístas" y por otro nos hace gustar de la "dulce y confortadora alegría de evangelizar" (NMA 16).

Esto nos remite a la temática de la santidad, suscitada en cada uno de nosotros como anhelo por el Espíritu, y alimentada no sólo de la oración "sino también en la misión cotidiana" (NMA 17). Es gracias a la santidad de cada miembro de la comunidad cristiana que "toda la Iglesia crece en santidad comunitaria y misionera" (NMA 18). La santidad se expresa y desarrolla en "el amor fiel y perseverante, vivido y comunicado en la pastoral ordinaria" (NMA 19): es la "clave de la espiritualidad de comunión para la Nueva Evangelización" (*id.*) y el núcleo de la "mística que ha de impulsar toda la acción evangelizadora de la Iglesia en Argentina" (NMA 20).

Recapitulando –y como lo hace notar V. Fernández– en el capítulo I se describe "una espiritualidad que no separe la fe de la vida social y así comienza a aparecer la propuesta de una «santidad comunitaria, social y misionera»".¹⁴ Con esta premisa, el talante teologal del documento queda no sólo salvaguardado sino incluso acentuado desde el inicio, dándole a la pastoral un carácter 'místico' profundamente vinculado al discernimiento.¹⁵

14. "La original propuesta...", 46.

15. Es una de las apreciaciones más notorias de J. SCHEINING ("En busca de una pastoral mística...", 18-22).

2. Los desafíos

"Con oído atento y sensibilidad pastoral queremos mirar desde la fe la compleja realidad del mundo que nos toca vivir para discernir los signos de los tiempos como reclamos de evangelización" (NMA 21). Con esta expresión, y enmarcado en la perspectiva teologal y cristológico-trinitaria que aportan los capítulos I y III, los obispos se proponen iniciar un discernimiento de los desafíos presentes a la evangelización en Argentina: procuran escrutar por dónde van las insinuaciones de Dios para que la Iglesia pueda prestar un adecuado servicio evangelizador¹⁶. Y anticipan que, si bien las dificultades que se le presentan hoy a la familia humana son "numerosas" (NMA 22), "el desafío radical y englobante [...] es la profunda crisis de valores de la cultura y la civilización en la que estamos inmersos" (NMA 23).

2.1. La crisis de la civilización

Cada época presenta características propias que ofrecen posibilidades inéditas a vida pastoral de la Iglesia. La nuestra está marcada sobre todo "por profundas transformaciones" (GS 54),¹⁷ notorias en los diferentes planos de la vida socio-cultural y eclesial,¹⁸ y que hoy tienden a tornarse cada vez más complejas. Por eso "podemos percibir qué es lo que termina, pero no descubrimos con la misma claridad aquello que está comenzando" (*Jesucristo Señor de la Historia [=JSH]*, 3).

Esta crisis de la civilización se manifiesta especialmente en el hecho de que "las personas, las familias, las instituciones y la sociedad, en general, no encuentran nuevos cauces para sostenerse y crecer": no terminan de perfilarse los nuevos modelos y paradigmas configuradores de un nuevo orden. Pero además se revela en la constatación de que "nos cuesta

16. Cf. R. FERRARA – C. GALLI (eds.), *El tiempo y la historia: reflexiones interdisciplinarias*. Buenos Aires, Paulinas – Facultad de Teología UCA, 2001; C. GALLI, "Discernimiento teológico-pastoral de los signos de los tiempos", en *Boletín OSAR* (sept. 2000) 24-29; M. GONZÁLEZ, "Teología de la historia desde la perspectiva argentina. La contribución de Lucio Gera y Rafael Tello", en *Stromata* 58 (2002) 187-210. Para una visión de conjunto del capítulo, V. M. FERNÁNDEZ, "La original propuesta...", 47; A. ZECCA, "Duc in altum...", 481-488; E. GONZÁLEZ, "Los nuevos desafíos de la Argentina y la actualización de las «líneas pastorales»", en *Vida Pastoral* 241 (2003) 4-9.

17. Cf. A. AMEIGEIRAS, "Transformaciones socio-culturales y perspectivas de análisis a comienzo del s. XXI", en *CIAS* 519 (2002) 595-609.

18. Cf. G. RAMOS, *Los cristianos ante el cambio de época*, Buenos Aires, Claretiana, 2003.

mantener la cultura del trabajo” –que de hecho va perdiendo cada vez más su carácter personal y dignificador–, de que “no nos integramos con entusiasmo a emprendimientos comunitarios” –ya que muchas veces prevalece el ‘sálvese quien pueda’–, y de que es “cada vez más raro hallar entre nosotros hombres y mujeres con pasión por el bien común” (NMA 25): en general prevalece la consabida sugerencia de ‘hacé la tuya’.

Simultáneamente causa y consecuencia, se produce el fenómeno concomitante del ‘malestar’ observable en varios ‘rubros’: en la política¹⁹, entre los jóvenes²⁰ y las mujeres,²¹ en los afectados por el fenómeno de la globalización²², en los que se sienten manipulados por los medios de comunicación,²³ en los que sufren las consecuencias de modelos pastorales envejecidos,²⁴ y en la familia –como veremos en el punto correspondiente. Sin la “esperanza que nos infunde el Espíritu Santo” (NMA 28), los “elementos positivos” que matizan estos aspectos negativos de la realidad (destacados en el n° 27) e incluso la persistente “reserva de valores fundamentales” (referidos en NMA 28) parecerían quedarse cortos al momento de tener que aportar nutrientes para afrontar esta crisis que, no obstante en nuestra patria, sigue siendo “una ocasión providencial para escuchar la llamada de Jesús a crecer como nación” (NMA 28).²⁵

19. Cf. D. GARCÍA DELGADO, “La ruptura de un contrato. Crisis de representación y gobernabilidad”, en GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, *Crisis y reconstrucción* (I), San Pablo, Buenos Aires, 2003, 57-84.

20. Cf. P. CIFELLI, “El «conflictivo» ámbito de las culturas juveniles”, en *Vida Pastoral* 234 (2002) 35-41.

21. Cf. V. AZCUY (coord.), *El lugar teológico de las mujeres*, Buenos Aires, Centro Teológico Salesiano, 2000; C. SCHICKENDANTZ (ed.), *Mujeres, género y sexualidad*, Córdoba, Educc, 2003.

22. Cf. J. STIGLITZ, *El malestar en la globalización*, Buenos Aires, Taurus, 2002.

23. Cf. A. FORD, *La Marca de la Bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Norma, 1999.

24. Cf. M. GONZÁLEZ, “Malestares y emergencias. Repercusiones del cambio epocal en la vida pastoral de la Iglesia católica argentina (I)”, en *Vida Pastoral* 241 (2003) 4-11; (II), en *Vida Pastoral* 242 (2003) 4-11; (III), en *Vida Pastoral* 243 (2003) 4-8.

25. Cf. COMISIÓN PERMANENTE CEA, *Reconstruir la Patria, 7-8/01/02*, 3; O. CAMPANA, “La crisis es una oportunidad de novedad. Reportaje a monseñor Juan Carlos Maccaroni”, en *Vida Pastoral* 233 (2002) 18-25.

2.2. La búsqueda de Dios

La crisis de civilización es concomitante con las profundas transformaciones –sociológicamente constatables–²⁶ que también en lo religioso experimenta nuestro país:²⁷ “se percibe una difusa exigencia de espiritualidad” (NMA 29),²⁸ muchas veces como último recurso ante la ausencia de otros parámetros existenciales sólidos.

El documento procura discernir el valor de esta nueva búsqueda. Afirma que “existen grupos pseudorreligiosos y programas televisivos que proponen una religión diluida, sin trascendencia, hecha a la medida de cada uno” (NMA 31), que exponen al pueblo sencillo “a que su fe se debilita progresivamente y ceda a la seducción de sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición” (NMA 32).

Si bien parece claro que la apreciación que hace el texto acerca de las formas emergentes de religiosidad es prevalentemente negativa –y no sin motivos–, habría que ver si esta misma diversidad de expresiones no constituye de por sí una natural expresión más o menos explícita de la fuerte sensibilidad pneumatológica de la que se hacía eco el primer capítulo. Por otra parte parece inevitable a futuro –y ya lo va siendo– una seria confrontación y diálogo con las nuevas modalidades *New Age*,²⁹ que parecerían querer responder a las exigencias culturales del nuevo milenio.

En contrapartida, los obispos constatan “una fuerte presencia de la piedad popular en sus variadas expresiones”, destacando la devoción mariana, culto a los santos, oración por los difuntos, fe y sentido de fiesta (Cf. NMA 33). Aquí la valoración es más bien positiva, tal vez –y en gran parte– por la misma tradición de reflexión teológica que sobre la cuestión

26. Por ejemplo en Buenos Aires: Cf. F. FORNI – F. MALLIMACI – L. CÁRDENAS (Coord.), *Guía de la diversidad religiosa de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

27. Cf. A. AMEIGEIRAS, “El fenómeno religioso en la sociedad argentina: crisis y transformaciones en el catolicismo a comienzos del s. XXI”, en GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, *Crisis y reconstrucción* (I), 83-115.

28. Cf. V. ROLDÁN, “La secularización y el despertar religioso a fines del milenio”, *CIAS* 484 (1999) 273-292.

29. A respecto, cf. F. TORROALBA, “¿Qué es la nebulosa de la ‘New Age’?”, en *Sal Terrae* 89/4 (2001) 267-280.

tenemos en Argentina.³⁰ Si bien “la religiosidad popular [...] tiene ciertamente sus límites”, ya que “está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir a las supersticiones”, cuando está bien orientada “contiene muchos valores”. En efecto, los textos magisteriales señalan que “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”, y que “engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad” (EN 48). Por eso en nuestro continente “la piedad popular es expresión de inculturación de la fe católica” (*Ecclesia in America [=EA]*, 16) –tema también ampliamente reflexionado en nuestro medio–,³¹ que es signo de esperanza para nuestro pueblo (Cf. JSH 19).

2.3. El escándalo de la pobreza y la exclusión social

Las “políticas inspiradas en formas de neoliberalismo que consideran las ganancias y las leyes del mercado como parámetros absolutos en detrimento de la dignidad y del respeto por las personas y los pueblos”, como así también “la pérdida del sentido de justicia y la falta de respeto hacia los demás se han agudizado y nos han llevado a una situación de inequidad” (NMA 34). El tema ha sido ampliamente analizado y debatido en este último tiempo y desde variados campos epistemológicos.³² De este diálogo, una cuestión parece clara: “Mientras la desocupación no se revierta, la pobreza seguirá creciendo” (NMA 35).

30. Entre los recientes trabajos, muy documentado el de C. GALLI, “La peregrinación: «imagen plástica» del Pueblo de Dios peregrino”, en *Teología y Vida* 44 (2003) 270-309. También, A. AMEIGEIRAS, “Para una hermenéutica de la peregrinación: cultura popular e identidad religiosa. Los migrantes santiagueños en la Argentina”, en *Stromata* 56 (2000) 123-143; C. GALLI, “La religiosidad popular urbana ante los desafíos de la modernidad”, en C. GALLI – L. SCHERZ (comps.), *Identidad cultural y modernización*, Buenos Aires, Paulinas, 1992, 147-176; J. SEIBOLD, “Imaginario social y religiosidad popular”, en *Stromata* 51 (1995) 131-140; “La mística de los humildes”, en GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, *Crisis y reconstrucción* (II), 116-159; J. SONEIRA, *La renovación carismática católica en Argentina: entre el carisma y la institución*, Buenos Aires, Educa, 2001.

31. Recientemente, por ejemplo, Cf. M. TREJO, “La preocupación por inculturar el pensamiento. Juan Carlos Scannone y la sabiduría popular”, en *Proyecto* 36 (2000) 113-126; *La sabiduría del pueblo como lugar teológico de la ‘Escuela Argentina’ (1966-1996)* [Extracto de la tesis para el doctorado en teología], Roma, 2000. Sin embargo, no sólo el catolicismo parecería ser expresión de inculturación de la fe: Cf. R. MOSHER, “El pentecostalismo y la inculturación en América Latina”, en *Medellín* 95 (1998) 471-488.

32. Cf. E. ALBISTUR, “Una Argentina injusta, ¿tendrá paz?”, en *CIAS* 515 (2002) 361-381; D. CASTAGNA, “Es preciso reacomodar los valores fundamentales”, en *AICA-DOC* 555 (1/08/01); J. C. SCANNONE, “La nueva cuestión social y la crisis argentina”, en *SOCIEDAD AR-*

El documento señala a continuación que en todo esto “peculiar responsabilidad les toca a quienes detentan una dirigencia política, económica, sindical, cultural y religiosa”, pero también a “personas y sectores que prosiguen compitiendo por espacios de poder y privilegios [...] en una búsqueda desenfrenada de beneficios particulares o corporativos, que multiplica el número de los pobres y excluidos” (NMA 37)³³.

Sin negar la dramaticidad de estas constataciones en la coyuntura actual de nuestro país, existen algunos elementos que podrían contribuir a atemperarla y a cultivar una cierta esperanza humana. Por una parte los indicios de reactivación económica, que fueron despuntando desde el 2003, y la buena imagen que de momento conserva la figura del nuevo presidente y su entorno. Pero además, la constatación de que muchas de las dificultades que nos han afectado y todavía nos afectan tienen una magnitud geopolítica que va más allá de los confines de nuestro territorio. Es “nuestro mundo” el que “empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades”, condenando a millones y millones de personas “a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana” (NMI 50).³⁴

Sin embargo, esta constatación no puede excusar a cada argentino de “mirar su propio corazón, sus opciones concretas y su forma de actuar, para preguntarse si no está participando también él, en mayor o menor grado, en la construcción de esa red de inmoralidad que conduce a la pobreza y favorece tantas formas de violencia y egoísmo” (JSH 11). El contexto condiciona pero no determina. Y la evidencia está en que, particularmente desde los sectores más pobres, también afloran “muchas expresiones de solidaridad con raíces humanitarias y evangélicas” (NMA 39) que revelan un neocomunitarismo de base.

2.4. La crisis del matrimonio y la familia

Un ámbito particular en el que incide la crisis de civilización –de la que hablábamos al comienzo– es la familia. También sobre esta temática

GENTINA DE TEOLOGÍA [=SAT], *Religión, justicia y paz. La Argentina y el mundo*, Buenos Aires, San Benito, 2003, 121-134.

33. Cf. COMISIÓN PERMANENTE CEA, *Queremos ser Nación*, 10/08/01, c.

34. Cf. J. CALVEZ, “Problemas políticos del mundo en el Tercer Milenio”, en *CIAS* 471 (1998) 116-126; G. ESCOBAR, “Liberalismo, neo-liberalismo y economía de mercado en América Latina”, en *Medellín* 85 (1996) 5-16.

existe abundante tradición teológica en nuestro país.³⁵ La tesis básica es que “el creciente número de uniones de hecho, las nuevas parejas de divorciados y otros tipos de convivencia, requieren formas nuevas de acogida y atención pastoral” (NMA 41). Porque si bien es cierto que “por una parte existe una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio, a la promoción de la dignidad de la mujer, a la procreación responsable y a la educación de los hijos”, se constata por otra la existencia de una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí, las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos, las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores, el número cada vez mayor de abortos” (FC 6).

En relación a estas afirmaciones NMA hace notar que “los grandes medios de comunicación [...] relativizan todo y destruyen valores claves para la familia, la educación y el pueblo” (NMA 26). También observa algunas cuestiones socio-económicas que influyen decisivamente: “el desempleo, la creciente pobreza y la marginación compulsiva de vastos sectores”, que “a causa de la crisis económica, generan desencuentros, pérdida de los vínculos afectivos [y] distorsión de los roles hasta llegar a disgregar el núcleo familiar” (NMA 42).

Ante esta realidad se hace necesario reafirmar la convicción –desde una perspectiva valorativa, pedagógica y experiencial, más que dogmática o canónica– de que “por el sacramento del Matrimonio, el varón y la mujer están llamados a vivir el misterio de la comunión y relación Trinitaria”, y que “los hijos, frutos de esta relación, otorgan sentido de plenitud” a ese proyecto de vida (NMA 44).

2.5. La necesidad de mayor comunión

El quinto desafío señala que si bien “se perciben signos saludables que procuran retomar el camino de la unidad perdida” (NMA 47), se observa cómo “las viejas antinomias vuelven a aparecer” (*Iglesia y Comuni-*

35. Últimamente la reflexión viene siendo profundizada por E. FABBRI. Entre sus artículos más recientes, “La familia, entre la sociedad y la sexualidad”, *CIAS* 525 (2003) 331-350; “La familia, entre la desazón y la solidaridad”, en *CIAS* 520 (2003) 39-56; “¿Qué pedirle a la familia?”, en *Criterio* 2284 (2003) 342-347. También J. MEINVILLE, “Que las familias sean escuelas de santidad”, en *AICA-DOC* 542 (14/03/01), y en general muchos pronunciamientos episcopales. Las temáticas de ‘género’ también afectan evidentemente a esta cuestión.

dad Nacional [=ICN], 30-37). En aquel documento de 1981 se afirmaba que –entre las más recientes– tanto “la violencia guerrillera” como “la represión ilegítima” enlutaron la patria (ICN 33), y que esto hacía “urgente la reconciliación argentina” (ICN 34). Esta antinomia política gestada en los 60³⁶ y expresada en los 70’ vuelve a reflejarse hoy de un modo más atenuado por ejemplo en la dinámica de los dos sectores del país que más presionan al actual gobierno: asociaciones piqueteras y grupos económicos. Desde una perspectiva socio-cultural, un elemento no menor a considerar en estas antinomias es la gestación histórica de nuestra nación, ya en el s. XIX dividida en unitarios y federales.

Por eso no es de extrañar que la dificultad en torno a la comunión se constate también de un modo profundo “en el seno [mismo] de nuestras comunidades”, en las cuales se observa una “cierta incapacidad para trabajar unidos” (NMA 46). Si bien es cierto que “hay un cierto crecimiento de la unidad en muchas comunidades cristianas” reflejado en la participación laical, la actividad misionera, variados grupos de reflexión y servicio, y los esfuerzos de muchas diócesis “para lograr una planificación pastoral” o la “implementación del plan Compartir” (NMA 48), también parece claro que el individualismo, la competencia y el desinterés –alimentados por la no “valoración recíproca, respeto de la diversidad, tolerancia, corrección fraterna, sinceridad y ayuda mutua”– han hecho que muchas veces nos falte “imaginación y propuestas para el crecimiento comunitario” y para “concretar servicios para el bien común” (NMA 46).

2.6. Interacción de los desafíos

Los desafíos se interconectan profundamente y se enmarcan en el nuevo paradigma de la complejidad. Los procesos de individuación³⁷ y fragmentación afectan profundamente a la vida nacional y eclesial, y se expresan en todas sus instituciones. Las dificultades por construir sentido y proyectos son el ‘talón de Aquiles’ de nuestra época: la recomposición de un metarrelato unificador parece hoy por hoy imposible. Pero esta misma imposibilidad racional es la que ofrece al discernimiento religio-

36. Cf. G. MORELLO, *Cristianismo y revolución*, Córdoba, Educc, 2003.

37. M. GONZÁLEZ, “Tramas culturales y vida pastoral: la individuación”, *Vida Pastoral* 245 (2004) 4-9 y 246 (2004) 4-9.

so y a la pastoral evangelizadora nuevas alternativas: en la construcción de un nuevo entramado social articulado y consistente los creyentes podremos aportar –autoimplicativamente– nuestra fe trinitaria en el apasionante desafío de descubrir significaciones profundas, solidarias e incluyentes.

3. El contenido de la Nueva Evangelización³⁸

3.1. El núcleo del contenido evangelizador

Las LPNE 16 proponían como núcleo del contenido evangelizador “la fe en Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo”, presentándola “como un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre”. Si aquí prevalecía la orientación (no exclusiva pero sí) prevalentemente cristológica, en NMA 50 se expresa un *viraje más explícitamente trinitario*: “Jesucristo resucitado nos da el Espíritu Santo y nos lleva al Padre. La Trinidad es el fundamento más profundo de la dignidad de cada persona humana y de la comunión fraterna”. A este ‘viraje’ contribuyó indudablemente el desarrollo de la teología trinitaria postconciliar,³⁹ pero sobre todo el “momento de fuerte desintegración” que vivimos en nuestra patria (NMA 51).

Este novedoso núcleo evangelizador –que en el texto aparece claramente destacado–, impregna transversalmente el documento y le da unidad a todas sus partes y contenidos. La originalidad se destaca particularmente al momento de desarrollar las seis dimensiones del núcleo evangelizador, que se expresan en los títulos detallados a continuación: a) en Jesucristo brilla una feliz noticia; b) Cristo rostro humano de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo; c) Cristo rostro divino del hombre: dignidad de todo ser humano; d) el rostro doliente y resucitado de Cristo en el rostro del hombre sufriente; e) la comunión eclesial, nacida del corazón de Cristo, reflejo de la Trinidad; y f) la comunión de la Trinidad, fundamento de

38. Cf. V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 47-48; “La nueva propuesta...”, 494; E. GONZÁLEZ, “«Navega mar adentro» y el contenido de la nueva evangelización”, en *Vida Pastoral* 244 (2003) 21-25.

39. Cf. R. FERRARA, “La Trinidad en el postconcilio y en el final del s. XX: Método, temas, sistema”, en *Teología* 80 (2002) 53-92.

nuestra convivencia social. Intentaré desarrollar brevemente estas dimensiones a partir de tres vertientes integradoras.

3.2. Vertiente cristológica

“Cristo es el centro de nuestra fe [...]. En Él, sobre todo en la Eucaristía, la gloria de Dios se hace cercana”. En contrapartida, “la vocación y el sentido de la vida de cada hombre consiste en reproducir la imagen del Redentor” (NMA 52). Él es el “modelo perfecto del hombre [...] [que] en su vida manifiesta solidaridad para con todos [...]”. Por eso la Nueva Evangelización ha de conducir a un encuentro con la eterna novedad de Cristo vivo para alcanzar en Él la vida eterna” (NMA 53).

Esta dimensión cristológica se irá desplegando a lo largo del capítulo en sentido trinitario y antropológico. La apertura trinitaria del misterio cristológico como fundamento de una feliz noticia para el hombre es una temática desmenuzada abundantemente por Juan Pablo II en *Dives in Misericordia* [=DiM]: “«Dios rico en misericordia» es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre [...]. En Cristo Jesús, toda vía hacia el hombre [...] es simultáneamente un caminar al encuentro con el Padre y su amor [...]. La apertura a Cristo [...] no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor” (DiM 1)⁴⁰. En contrapartida, y porque “la vocación y el sentido de la vida de cada hombre consiste en reproducir la imagen del Redentor” (NMA 52), “Jesús, invitándonos a participar de la vida de la Trinidad, hace posible que alcancemos nuestra mayor dignidad y una auténtica relación con los demás en la justicia y el amor” (NMA 51). De este modo, Jesucristo se convierte en “rostro humano de Dios y rostro divino del hombre” (NMA 53).

3.3. Vertiente trinitaria-antropológica

En efecto, Jesucristo es el *rostro humano de Dios* porque nos revela su vida íntima, “el misterio más profundo de nuestra fe: que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo”, y “nos invita permanentemente a esta comu-

40. La Iglesia en Argentina celebra esta experiencia en el documento de la CEA, *Jesucristo Señor de la historia* (2000): Cf. C. SCHICKENDANTZ, “«Jesucristo, Señor de la historia». Preparación previa, estructura y contenido del documento”, en *Proyecto* 38 (2001) 148-157. Para una introducción al pensamiento cristológico-trinitario de Juan Pablo II enmarcado en el conjunto de su magisterio, cf. G. RAMOS, “Semblanza del magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II”, en *Pastores* 23 (2002) 51-53.

nión de amor” (NMA 54). El Hijo “que contempla al Padre [...] vino al mundo para manifestarlo” (*id.*). Pero además, “el corazón de Jesús es la fuente del Espíritu Santo”, por cuya acción “somos renovados a imagen de Jesús e incorporados a la vida de la Trinidad” (NMA 55).

En efecto –decía Juan Pablo II– “en Cristo y por Cristo, se hace [...] visible Dios en su misericordia [...]: él mismo la encarna y personifica [...] y nos permite «verlo» especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre” (DiM 2). Entendida de este modo, la misericordia “constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión” (DiM 6). Por eso “la Iglesia en América necesita hablar cada vez más de Jesucristo [...] y prolongar sus actitudes” (NMA 53).⁴¹

Simultáneamente Cristo es *el rostro divino del hombre*. En el rostro filial de Cristo “se contempla el rostro del hombre que camina hacia el Padre, llamado a su vocación suprema: la intimidad de la vida trinitaria”, revelándole al hombre “su auténtica dignidad como persona” (NMA 56). Por eso –y como señalaba LPNE 16– “la fe cristiana es un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre” (NMA 56): “en el rostro de Cristo resucitado reconocemos el destino eterno y glorioso del hombre peregrino, salvado por Él” (NMA 57).

Así, “Jesús es el «hombre nuevo» (Cf. Ef 4,24; Col 3,10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida”, y que en el misterio de su encarnación sienta “las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones [...], hacia Dios mismo [...], a la intimidad de la vida Trinitaria” (NMI 23). Pero además, esta vinculación que el Hijo de Dios establece “en cierto modo” por su encarnación con cada hombre (Cf. GS 22) pone de manifiesto el fundamento “de la fraternidad universal”, ya que “el hermano, todo hombre, es sacramento de Cristo”. Esto nos compromete “a la defensa y promoción de todo el hombre y de todos los hombres, así como a la cooperación para realizar una sociedad más justa y reconciliada” (LPNE 27).⁴²

41. La temática está muy presente en todo el capítulo II de NMI. Cf. L. GERA, “El eje cristológico de la *Novo Millennio Ineunte*”, en R. FERRARA – C. GALLI (eds), *Navegar mar adentro: Comentario a la Carta 'Novo Millennio Ineunte'*; Buenos Aires, Paulinas – UCA Facultad de Teología, 2001, 111-125.

42. Esta afirmación constituyó el ‘Leit Motiv’ del magisterio pastoral de G. SUELDO. Cf. G. CARRERAS (coord.), *Monseñor Gerardo Sueldo. Al servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas*, Santiago del Estero, Instituto ‘San Martín de Porres’ – El Barco Editor, 2001.

Pero dado que el Hijo de Dios “ha elegido el camino del despojo y de la humillación”, en la historia presente “mantiene oculta su gloria en la persona de los pobres y humillados” (*id.*). En efecto, “en ellos resplandece la dignidad absoluta del ser humano; ellos, víctimas de la injusticia y el desamor son sacramento de Cristo” (NMA 58): más allá de su condición religiosa, “el pobre que sufre es signo elocuente del rostro del crucificado” (NMA 59). Porque si “la cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y hacia todo lo que el hombre [...] llama su infeliz destino”, si es “un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre” (DiM 8), Cristo que sufre acaba hablando a todo hombre y no solamente al creyente (Cf. DiM 7). Y esto porque el amor “se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza [...], la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre” (DiM 3). Así la cruz se convierte en “el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el «beso» dado por la misericordia a la justicia” (DiM 9).

3.4. *Vertiente eclesiológico-misionera*

El núcleo evangelizador tiene a su vez una perspectiva *eclesiológica*: la comunión eclesial, nacida del corazón de Cristo, “ha de irradiar el misterio de comunión misionera que contemplamos en Jesús y brota de la Trinidad” (NMA 60)⁴³, y cuya santidad “brilla con todo su esplendor en el rostro de María, los santos y los mártires” (NMA 61): así la Iglesia Santa muestra su rostro de Esposa de Cristo (Cf. NMI 30). La comunión trinitaria es el fundamento común del ‘misterio’ y ‘santidad’ de la Iglesia. “Dios es comunión, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria”, de la cual “la Iglesia es signo” (EA 33). Este principio de comunión está llamado a realizarse de un modo análogo en el interior de cada Iglesia particular (Cf. *Compartir la Multiforme Gracia de Dios [=CMGD]*, 5).

Por otra parte, “la vocación a la comunión del pueblo de Dios es un llamado a la santidad comunitaria y a la misión compartida, que sólo son posibles por la acción del Espíritu” (NMA 62). Creciendo en unidad desde la diversidad, “cada Iglesia particular podrá reflejar más nítidamente la

43. Cf. A. ZECCA, “La Iglesia como misterio de comunión misionera en el pensamiento del Cardenal Eduardo Francisco Pironio”, en *Teología* 79 (2002) 117-136.

vida de la Trinidad” (*id.*) y ser “casa y escuela de comunión al servicio de la unidad de toda la familia humana” (NMA 63; Cf. NMI 143). A su vez, “la misión exige una verdadera comunión entre todas las Iglesias particulares de nuestra patria”, de modo que “el conjunto de nuestras diócesis [manifieste] mejor la vida de la Trinidad” (NMA 64).

Por último, la comunión de la Trinidad es fundamento de nuestra *convivencia social*. “A partir de la comunión trinitaria hemos de recrear los vínculos de toda comunidad [...]. En el diálogo y en el intercambio libre de dones, animado por el amor, se construye el «nosotros» de la comunión solidaria” (NMA 65) y encuentra “plenitud la imagen de Dios que llevamos en nosotros” (ICN 60). En primer lugar en la familia, pero también en las asociaciones intermedias y en la misma vida de la nación (NMA 66). Por eso “se hace necesario participar con imaginación y creatividad”, para “regenerar una convivencia social justa, digna, honesta y fraterna” que refleje mejor “esa comunión maravillosa que reina entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (NMA 67). Y por eso también “es de gran importancia que la Iglesia [...] sea signo vivo de una comunión reconciliada y un llamado permanente a la solidaridad” en la política, la economía y la vida social (EA 22).

4. Criterios pastorales comunes

A partir del núcleo evangelizador (III), en confrontación con los desafíos (II) y en consideración del Espíritu que nos anima (I), se desprenden cuatro criterios básicos que permiten “delinear un estilo evangelizador común a todos” (NMA 69).⁴⁴ Este cuarto capítulo es una novedad, ya que en LPNE se pasaba del ‘contenido’ a las acciones (‘nuestro compromiso’) a través del ‘espíritu que ha de animarnos’. La razón de ser de esta incorporación la encontramos en el hecho de que, si bien “muchas veces no podemos ponernos de acuerdo para realizar las mismas acciones o para tener los mismos proyectos”, sí es indispensable coincidir “en algunos criterios básicos que todos deberíamos aplicar en cualquier tarea que

44. Cf. V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 48-49; “Propuesta de la Iglesia argentina...”, 494-495. El desarrollo de este capítulo IV del documento podría quedar bien enmarcado con el artículo de C. GALLI, “La Iglesia postconciliar y postjubilar: una nueva etapa de la peregrinación evangelizadora. NMI 1-3, 4-15, 58-59”, en R. FERRARA – C. GALLI, *Navega mar adentro...*, 16-46.

hagamos”⁴⁵ para “realizar la comunión misionera de la Iglesia en la Argentina” (NMA 69).

4.1. La pastoral ordinaria y orgánica diocesana

“Estamos llamados a trabajar tenazmente en *nuestras diócesis* para que el único programa del Evangelio y el proyecto de Dios sea el centro de la vida de cada comunidad eclesial” (NMA 70). Si el Jubileo había ofrecido una “oportunidad extraordinaria” de articular un itinerario eclesial-evangelizador en torno a la temática trinitaria, ahora estamos “ante el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria”, ya que es “en las Iglesias locales” donde tienen que plasmarse “aquellas indicaciones programáticas concretas [...] que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente [...] en la sociedad y en la cultura” (NMI 29). En efecto, a partir del Jubileo “tenemos por delante la apasionante tarea de hacer renacer el celo evangelizador en el horizonte exigente y comprometido de la pastoral ordinaria”, la cual es preciso desarrollar “de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la diócesis” (NMA 70). Para lograr esta pastoral orgánica “se requiere activar, potenciar y enriquecer las estructuras de diálogo y participación”, entre las cuales se destacan los Consejos Presbiterales, Pastorales y de Asuntos Económicos (NMA 71).

A su vez, es necesario “retomar con energía el proceso de reforma y conversión de nuestras *parroquias*” (NMA 72), ya que “guarda un lugar destacado entre todos los medios creados por la Iglesia para evangelizar al hombre y su cultura” (LPNE 43). En ella la Iglesia se hace “visible, encarnada y operante entre los hombres” (*id.*), “vive y obra profundamente insertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dificultades” (*Santo Domingo [=SD]*, 58). Por eso “cada parroquia ha de renovarse en orden a aprovechar la totalidad de sus posibilidades pastorales para llegar efectivamente a cuantos le están encomendados” (NMA 72). Algunas sugerencias a respecto son la sectorización de la pastoral en pequeñas comunidades, la formación y participación de los laicos, los planes de conjunto en zonas homogéneas, la renovación de “la capacidad de acogida y el dinamismo misionero a los fieles alejados” (SD 60).⁴⁶

45. V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 48.

46. Cf. CEA, *Renovación de la Parroquia*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1992, subsidio de las LPNE que tal vez tenga que ser actualizado a partir de NMA.

4.2. *Un camino integral de santidad*

“La santidad es la perspectiva en la que debe situarse todo camino pastoral”. Edificada por medio de los sacramentos de iniciación “es lo que ha de sostener, recrear y potenciar las actividades propias de la pastoral ordinaria” (NMA 73). Así, “poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad [...] significa expresar la convicción de que, si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre” (NMI 31).

Esta proposición conlleva significativas connotaciones histórico-sociales: ya que “no podemos ser peregrinos al cielo si vivimos como fugitivos de la ciudad terrena”,⁴⁷ todo camino integral de santidad “implica un compromiso por el bien común social”: no sólo que “nunca hemos de disociar la santificación del cumplimiento de los compromisos sociales”, sino que además hemos de integrar mejor en la acción pastoral “la opción por los pobres, la promoción humana y la evangelización de la cultura” (NMA 74). Así, también para el pueblo de Dios que peregrina en Argentina, “convertirse al Evangelio [...] significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común” (EA 27).

4.3. *Todos sujetos y destinatarios de la tarea evangelizadora*

Ante la comprobación de que “la mayor parte de los bautizados no han tomado aún conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia”, de que “se sienten católicos pero no Iglesia”, y de que por lo tanto “el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos” (SD 96), los obispos argentinos insisten “en el protagonismo de todos y cada uno de los bautizados, especialmente de los laicos y laicas” (NMA 75), reconociendo “el potencial misionero de todo el pueblo bautizado como protagonista, no sólo destinatario, de la Nueva Evangelización”,⁴⁸ y el valor de “la religiosidad de nuestro pueblo”, no

47. Cf. CEA, *Carta al Pueblo de Dios*, 17/11/01, 6.

48. Las intervenciones del Episcopado han sido recurrentes en el tema, sobre todo en el marco de la crisis. Cf. CEA, “Hoy la patria requiere algo inédito”, en *AICA-DOC* 529 (16/05/01), “Queremos ser nación”, en *Consudec* 913 (2001) 18-19; “El diálogo que la patria necesita” (2002); “Recrear la voluntad de ser nación”, en *AICA-DOC* (14/07/03). Para

sólo “como objeto de evangelización, sino también [...] como fuerza activamente evangelizadora” (NMA 76).

Esto supondrá para quien “ha encontrado verdaderamente a Cristo” el desafío de “afrentar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de los pueblos y culturas que la caracteriza”. A este desafío Juan Pablo II lo denominó “llamada a la nueva evangelización” (EA 40). Esta “propuesta de Cristo” que “se ha de hacer a todos con confianza” y respeto (*id.*) contrasta muchas veces con la falta de fervor (espiritual) que “se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y esperanza” (EN 80).

Por eso es imprescindible “renovar el impulso evangelizador de los comienzos, el vigor de los orígenes, [...] el fervor espiritual y el entusiasmo misionero”, como así también “profundizar la confianza en el Espíritu Santo que anima a la Iglesia e impulsa toda acción evangelizadora” (LP-NE 34). Esto nos permitirá “salir al encuentro de las mujeres y varones de nuestros ambientes, especialmente de los que se sienten más alejados [...], para ayudarles a experimentar la misericordia del Padre” (NMA 78).

4.4. *Un itinerario formativo gradual*

Dado que “la tarea evangelizadora ha de tener en cuenta la cotidiana experiencia de la gente [...], sus inquietudes, sueños, expectativas y preocupaciones” (NMA 78), los obispos insisten en la necesidad de una “auténtica pedagogía de la santidad que la presente como ideal atractivo [...] en cada momento de la existencia personal”, de modo que promueva “un itinerario de formación permanente para la maduración de la fe” (NMA 79).

En función de esta ‘pedagogía creyente’ será necesario estimular “el aumento y la adecuada formación de los agentes para los diversos campos de la acción pastoral”, como así también “impulsar procesos globales, orgánicos y planificados” (SD 57). Pero además deberá recordarse, por una parte, “que el crecimiento espiritual y el desarrollo de la conciencia moral son procesos graduales, generalmente lentos, en los que la gracia de Dios trabaja con la libertad débil del hombre, sin violentarla”, y por otra

la cuestión eminentemente social, Cf. M. G. MOLINA, “Estado y organizaciones sociales de la Iglesia”, en *Crisis y reconstrucción* (I), 151-183 y *DIÁLOGO ARGENTINO, Bases para la reforma. Principales consensos* (jul. 2002).

–y en contrapartida–, que “no podemos renunciar al deber de formar pacientemente las conciencias”, de modo que las personas vayan alcanzando –junto con una “liberación integral”– “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (NMA 79).

5. Acciones destacadas⁴⁹

Antes de ingresar en propuestas de acción, el documento subraya la *primacía de la gracia y la santidad en la pastoral*.⁵⁰ “Nuestras Iglesias particulares están llamadas a renovarse en el camino de la santidad comunitaria y misionera que anime la actividad pastoral ordinaria en forma más creativa y orgánica”. Y añade: “Esto implica reconocer la primacía de la acción de la gracia en la vida pastoral” (NMA 80). Estas mismas ideas habían sido resaltadas en NMI 38, cuando hablando de “una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria” el Papa se refería explícitamente a “la primacía de la gracia” como “un principio esencial de la visión cristiana de la vida”.⁵¹ Por eso “nuestras celebraciones han de expresar el profundo sentido trascendente y religioso de la vida pastoral, sobre todo en la Eucaristía, que es fuente y culmen de toda la evangelización” (NMA 81).

A partir de estas convicciones surge como corolario el *discernimiento evangélico* de prioridades y acciones, que no es otra cosa sino “la interpretación que nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo”, como “un reto a la libertad responsable, tanto de la persona como de la comunidad” (*Pastores dabo vobis* [=PDV], 10).⁵² En el caso de las anteriores líneas pastorales las “tres actitudes capaces de encarnar en todos un celo evangelizador más vivo y entusiasta” eran “la renovación del ardor;

49. V. M. FERNÁNDEZ, “La original propuesta...”, 49.

50. Cf. V. M. FERNÁNDEZ, *La gracia y la vida entera*. Barcelona-Buenos Aires, Herder-Ágape, 2003; J. C. MACCARONE, “Dies Domini – Dies hominis...”.

51. Es el común denominador que animó ‘vidas testimoniales’ tan diversas como la mayoría de las que aparecen en V. AZCUY (coord.), *Semillas del siglo XX. Teología en la encrucijada de biografías, disciplinas y culturas*, Buenos Aires, Cesba, 2000; *Semillas del siglo XX* (II), Buenos Aires, Cesba, 2002. Es también el fundamento último de renovación auténtica de cualquier sujeto eclesial (por ejemplo, G. NÁPOLE, “Espiritualidad de la vida consagrada en tiempos de cambio”, en *Proyecto* 35 (2000) 47-70).

52. Cf. C. GALLI, “Discernimiento teológico-pastoral...”.

el fortalecimiento de la unidad eclesial y el anuncio de la verdad con respeto a la libertad” (LPNE 33), y las acciones destacadas se concentraban en el bautismo (48-50), la formación permanente (51-54) y la opción preferencial por los pobres, débiles y enfermos (55-59). En la presente situación las tres acciones destacadas discernidas como propositivamente prioritarias –“potencialmente muy evangelizadoras”, tendientes a alcanzar “el mayor número posible de personas”, y que procuran “responder transversalmente a los cinco desafíos” (NMA 82)–, son las de hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión (NMA 83-89), acompañar a todos los bautizados hacia el pleno encuentro con Jesucristo (NMA 90-94), y propiciar una Iglesia servidora para una sociedad responsable y justa (NMA 95-97).

5.1. Hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión

“El gran desafío de nuestras diócesis consiste en abrir espacios de encuentro, reflexión y fiesta, en generar un *ambiente acogedor y cálido* donde todos los bautizados puedan vivir los diversos carismas con verdadero y fecundo espíritu de caridad, de verdad y de unidad en la diversidad, en plena comunión con el obispo que preside” (NMA 83).⁵³ Estos espacios y ambiente de comunión –a cultivar en «las familias, comunidades parroquiales, instituciones educativas, comunidades de consagradas y consagrados, asociaciones, pequeñas comunidades y movimientos», llamados todos a integrarse y participar armónicamente «en la misión de la Iglesia diocesana» (id.)–, tienen su punto de partida en «una actitud del corazón del varón y de la mujer que contemple el misterio de la Trinidad, manifestado en Jesucristo», reconociendo «su luz y su huella en los seres humanos» y siendo capaz de «sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico como alguien que le pertenece, valorando todo lo bueno que Dios ha sembrado en él y dándole espacio en su propia vida» (NMA 84).⁵⁴

El texto se inspira en NMI 43, donde se dice que “espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el

53. Cf. J. CASARETTO, “La participación en la Iglesia”, en *Criterio* 2272 (VI/2002) 207-211; CEA, “Encuentro Eucarístico Nacional: «Lo reconocemos al partir el pan»”, Córdoba 8-10/09/00, en *AICA-DOC* 548 (16/05/01); CONSEJO NACIONAL DE CONFAR, “Hacia un nuevo estilo de animación”, en *Caminos de Confar* 30 (2001) 5-8.

54. Cf. V. AZCUY, “La Iglesia que viven, piensan y sueñan las mujeres”, en SAT, *De la esperanza a la solidaridad*, Buenos Aires, San Benito, 2002, 195-211; G. RAMOS, “Algunas reflexiones sobre nuestro ministerio de presbíteros en medio de la crisis”, en *Vida Pastoral* 245 (2004) 43-44.

misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”, y que “sin este camino espiritual [...] los instrumentos externos de la comunión se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”.

Por otra parte, “la espiritualidad de comunión requiere de espacios originales e instituciones creativas donde se eduque en la convivencia humana, con un estilo cordial y respetuoso”, comenzando por la familia, “pequeña Iglesia doméstica” (NMA 86). Estos *espacios de comunión* “han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia [...], entre obispos, presbíteros y diáconos, entre pastores y todo el pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales”, para lo cual es preciso “valorar los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los consejos presbiterales y pastorales” (NMI 45). En este contexto “el testimonio, la predicación del Evangelio y la celebración de sus misterios, así como la presencia viva de María en la religiosidad católica, habrán de orientarse hacia el desarrollo de una conciencia de cordial pertenencia a la Iglesia” (LPNE 30). En concreto, “a la Iglesia particular con sus diversas estructuras de comunión organizada, donde se realiza y manifiesta la Iglesia universal” (NMA 87).

Dado que la Iglesia “no podrá reconciliar a los hombres entre sí sin mostrar una *imagen creíble de unidad*”, también en nuestra patria deberá examinar hasta qué punto “padece situaciones y riesgos de división que la debilitan en su capacidad evangelizadora” (LPNE 35). “Todos los miembros de la Iglesia hemos de tomar parte activa en la construcción de su unidad interior, creando un clima apto para que desaparezcan los prejuicios y divisiones”, dado que “en la unidad se juega la eficacia de la evangelización nueva” (*id.*). Particularmente los obispos, “recordando que son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares, deben sentirse llamados a promover la comunión en sus diócesis” (EA 36), pero también a estimular a sus fieles a “desarrollar lazos de comunión con las Iglesias locales en otras partes de América por la educación, la mutua comunicación, la unión fraterna entre parroquias y diócesis, planes de cooperación, y defensas unidas en temas de mayor importancia, sobre todo los que afectan a los pobres” (EA 37).⁵⁵

55. E incluso ‘más allá de nuestras fronteras’: Cf. C. GALLI, “El servicio de la Iglesia al intercambio entre Europa y América Latina”, en *Teología* 78 (2001) 105-154.

En el marco de la Iglesia que peregrina en Argentina, la comunión implica compartir “lo que somos y tenemos: talentos, tiempo, dinero” (CMGD 7) –de lo que la colecta *Más por Menos* y el plan *Compartir* van siendo ejemplos cada vez más logrados. Así, “a partir de la comunión dentro de la Iglesia, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándose hacia la práctica de un amor activo que incluya a todos los excluidos” (NMA 88).

5.2. *Acompañar a todos los bautizados hacia el pleno encuentro con Jesucristo*

Existe una constatación inicial: “la gran mayoría de los argentinos están bautizados” (NMA 90),⁵⁶ y “un gran número de [ellos] expresa su fe católica mediante los gestos de la piedad popular, con hondo sentido de trascendencia” (NMA 91). La religiosidad popular “engendra actitudes interiores [de] paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción” (EN 48). Las expresiones externas de esta piedad son numerosas: “las peregrinaciones a los santuarios de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos, la oración por las almas del purgatorio, el uso de sacramentales (agua, aceite, cirios...)”, etc. (EA 16). En nuestro continente, a la vez que “es expresión de la inculturación de la fe católica” que ha asumido “formas religiosas autóctonas”, constituye el punto de arranque para una mayor inculturación del Evangelio (Cf. EA 16).

Teniendo presente este contexto religioso y creyente, y sabiendo que “la caridad pastoral de la Iglesia [...] tiene la misión de conducir a sus hijos hacia una vida cristiana plena” (NMA 92), se indican dos caminos estratégicos complementarios (Cf. NMA 94). Por un lado, “*acoger cordialmente* a quienes se acercan a nuestras comunidades”. Dado que “la mayoría de las familias se acercan a la Iglesia para el Bautismo de sus hijos”, en la medida “que reciban una acogida cordial, generosa y festiva, y se les invite a participar activamente del sacramento, se les ayudará, mediante la Palabra de Dios y los gestos sacramentales, a actualizar la memoria del Bautismo que una vez recibieron” (LPNE 48). Valorando estos encuentros se “abre las puertas a un proceso de insospechables consecuencias para la vida cristiana” (NMA 94).

56. Por lo que siempre existirá un buen ‘humus’ para el ‘diálogo ecuménico’. Si bien el tema no se desarrolla en el presente documento, puede verse: AAVV, *Ecumenismo y diálogo interreligioso en la Argentina*, San Pablo, Buenos Aires, 2000; J. SCAMPINI, “El ecumenismo en Argentina. La experiencia de los años pasados y los desafíos”, en *Vida Pastoral* 233 (2002) 26-32; “La oración: alma del movimiento ecuménico”, en *Vida Pastoral* 245 (2004) 34-39.

Por otro lado, el documento recomienda *no contentarnos “con esperar a los que vienen” (id.)*. La primera indicación se orienta en línea de experiencia de lo dicho acerca de la Iglesia como casa y escuela de comunión; la segunda va en un sentido marcadamente misionero, y destaca tanto la importancia de “las misiones populares y de los misioneros de manzana; la creación de comunidades de base y de grupos de oración en las casas; la multiplicación de capillas, centro de culto y de catequesis; [y] los movimientos eclesiales”, como el valor de la pastoral por sectores “que ayude a vivir la fe en los lugares de trabajo, de estudio, de recreación y deportes” (id.).⁵⁷

5.3. Iglesia servidora de una sociedad responsable y justa⁵⁸

“El primer servicio de la Iglesia a los hombres es anunciar la verdad sobre Jesucristo” (NMA 95). Para ello –y en continuidad con lo que venía diciendo en el punto anterior– “son necesarias [además de la parroquia] otras muchas formas de presencia y de acción” que el Espíritu Santo suscita (LPNE 45). Pero este servicio fundamental “nos exige responder con todos los esfuerzos que sean necesarios para lograr la inculturación del evangelio” (NMA 95), que es el “centro, medio y objetivo de la nueva evangelización”⁵⁹. Este proceso de inculturación, que alcanza su plenitud en la evangelización de la cultura, “dejará de ser una utopía sólo en la medida en que cada miembro del Pueblo de Dios, cada comunidad cristiana, cada asociación o movimiento, cada parroquia, se inserten activamente en la pastoral orgánica de la Iglesia, conducida por los sucesores de los apóstoles” (LPNE 42). La Iglesia particular es el ámbito na-

57. Diferentes iniciativas pastorales recientes manifiestan la ‘creatividad misionera’: ASOCIACIÓN CRISTIANA DE DIRIGENTES DE EMPRESAS, *Afrontar con grandeza nuestra situación actual*, Buenos Aires, 2001; M. BAUTISTA, “La pastoral de la salud en Argentina”, en *Vida Pastoral* 233 (2002) 39-42; N. ENECOIZ, “La pastoral bíblica: camino, realidad, desafíos”, en *Vida Pastoral* 233 (2002) 33-38; M. GONZÁLEZ, “La vida pastoral de la Iglesia católica en la Argentina actual. Pinceladas para un mapa” (I), en *Vida Pastoral* 233 (2002) 4-11; (II), en *Vida Pastoral* 234 (2002) 4-12; S. MANSILLA, “Lectura de la Biblia y teología desde la vida de las mujeres”, en *Vida Pastoral* 243 (2003) 31-37; J. SABATÉ, “La Iglesia latinoamericana hacia el siglo XXI. Proyecciones desde una experiencia popular”, en *Proyecto* 36 (2000) 32-36; J. SEIBOLD, “Pastoral comunitaria urbana. Desafíos, propuestas, tensiones”, en *Stromata* 57 (2001) 47-82.

58. Cf. G. RAMOS, “Notas para una pastoral social en Argentina”, en *Boletín OSAR* 20 (dic. 2003) 19-24.

59. JUAN PABLO II, *Discurso al Consejo Mundial de Catequesis*, 26/09/92. Sobre ‘inculturación’ en Juan Pablo II. Cf. G. RAMOS, “«Cultura» e «inculturación» en Juan Pablo II”, en *Teología* 81 (2003) 137-156; sobre ‘inculturación’ en general, A DE C. CHEUICHE, “Hacia una teología inculturada”, en *VVAA, Presente y futuro de la teología en Argentina. Homenaje a Lucio Gera*, Buenos Aires, Paulinas, 1998, 416-436.

tural en el cual están llamadas a realizarse, “bajo la acción del Espíritu, la Nueva Evangelización, la promoción humana y la inculturación de la fe (Cf. *Redemptoris Missio*, 54)” (SD 55).

Esto supondrá, a su vez, una formación permanente de los cristianos” (NMA 96). “Para lograr este servicio educativo”, el documento centra su atención “en dos instituciones: la familia y la escuela-universidad” (NMA 97).⁶⁰ En relación a la *familia*, EA 46 subrayaba la urgencia de “una amplia catequización sobre el ideal cristiano de la comunión conyugal y de la vida familiar, que incluya una espiritualidad de la paternidad y la maternidad”.⁶¹ Haciéndose eco de CT 43 y 68, LPNE 53 remarcaba que la catequesis de adultos es “la forma principal de la catequesis”, y que específicamente la catequesis familiar “precede, enriquece y acompaña toda otra forma de catequesis”, y “capacita a las familias para que sean lugar de evangelización y catequesis permanente”.⁶² Sólo así, la familia podrá “crecer y perfeccionarse como comunidad de personas”, y ser plenamente “santuario de la vida” (CA 39), “célula primaria y vital de la sociedad” (FC 42), “Iglesia doméstica” (SD 214).

Con respecto a la *escuela-universidad*, el documento propone “como decisiva acción pastoral procurar que ningún educando egrese de nuestras instituciones sin una adecuada cosmovisión cristiana” (NMA 97b)⁶³. En el marco de una “nueva imaginación de la caridad” que promueva “la capacidad de hacernos cercanos y solidarios con quien sufre” (NMA 50) y de un “amor por los pobres [...] preferencial pero no excluyente” (EA 67), destaca el valor de la “*Doctrina Social de la Iglesia* como el mejor medio para encarnar los principios evangélicos en la compleja realidad cultural, política, social, ecológica y económica” (NMA 97).⁶⁴

60. Cabría destacar aquí también la variada gama de experiencias de ‘educación popular’: A. ACÍN – O. ARAGÓN, “Educación popular frente a la exclusión social”, en *Anatellei* 5 (2002) 43-54; E. MEALLA, “«Fe y Alegría»: movimiento de educación popular y promoción social”, en *Vida Pastoral* 237 (2001) 37-41; J. SEIBOLD, “Foro educativo y nueva ciudadanía”, en *CIAS* 525 (2003) 369-375; M. TAPIA, “El valor pedagógico de las experiencias solidarias”, en *CIAS* 511 (2002) 115-128.

61. Cf. V. M. FERNÁNDEZ, “Espiritualidad de la vida matrimonial”, en *Vida Pastoral* 245 (2004) 26-33.

62. COMISIÓN EPISCOPAL DE CATEQUESIS, *Juntos para una Evangelización Permanente*, 59.84.

63. Cf. A. CAMBOURS DE DONINI, “Reforma educativa: balance y perspectiva en el contexto de la crisis”, en GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, o.c. (II), 55-82; F. RODRÍGUEZ MANZINI, “Pastoral educativa, ¿es o será?”, en *Vida Pastoral* 235 (2002) 31-36.

64. Sobre ‘Doctrina Social de la Iglesia’, Cf. J. BESTARD COMAS, *Globalización, tercer mundo y solidaridad*, BAC, Madrid, 2003; CEA, *El diálogo que la patria necesita* (2002); DIÁLOGO

6. Conclusión

El documento concluye invitando a caminar (=‘navegar mar adentro’) con esperanza:⁶⁵ queda así abierto al advenimiento y al futuro de la vida pastoral de la Iglesia en Argentina, al misterio trinitario y a personas y situaciones socio-culturales concretas. “El gran Jubileo [...] ha cumplido la función de desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera [...]. Hay un nuevo camino que emprender, colmados de una esperanza que no defraude” (NMA 99). Esta esperanza “mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios” (TMA 46).

Navega mar adentro está llamado a convertirse en una decantada ayuda y estímulo –sapiencial y pastoral– para cada Iglesia particular en nuestra Patria. Y por eso la exhortación: “¡Caminemos con esperanza!” está puede resonar con renovado vigor y entusiasmo también entre nosotros, de cara al “océano inmenso” del nuevo milenio “en el que hay que aventurarse contando con la ayuda de Cristo” (NMI 58).

GERARDO DANIEL RAMOS SCJ

13-03-2004

ARGENTINO, *Bases para la reforma. Principales consensos* (jul 2002); D. GARCÍA DELGADO, “Desarrollo local y reconstrucción del país”, en *CIAS* 525 (2003) 359-368; G. RAMOS, *Memoria y perspectivas de la enseñanza social de la Iglesia*, Buenos Aires, Claretiana, 2004; J. C. SCANNONE, “La nueva cuestión social a la luz de la DSI”, en *CIAS* 510 (2002) 45-52.

65. Sobre el tema de la ‘esperanza’ la obra reciente más significativa –en nuestro medio– es sin duda la de la SAT, *De la esperanza a la solidaridad*, Buenos Aires, San Benito, 2002. Se destacan los trabajos del GRUPO DE BIBLISTAS (“«Dar razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3,15)”, 19-66); de los moralistas (M. YÁÑEZ, “Existencia en esperanza como práctica de la solidaridad”, 141-172; F. ORTEGA, “Esperanza, Espíritu y Evangelización de *Tertio Millennio Adveniente* a *Novo Millennio Ineunte*”, 173-193); y del Grupo de teólogas (V. AZCUY –ya citada–; M. LLACH, “Más lugar al espacio y más espacio a la mujer”, 213-228; M. MAZZINI DE WEHNER, “La maternidad como celda”, 237-250). También: H. AGUER, “La esperanza en una Argentina posible”, en *AICA-DOC* 555 (1/08/01); P. ETCHEPAREBORDA, “Un pastor que anima la esperanza del pueblo. El Cardenal Pironio y la esperanza”, en *Pastores* 22 (2001) 7-12; M. YÁÑEZ, “Jalones para fundamentar una ética de la solidaridad esperante”, en *Stromata* 56 (2002) 1-26.